REVISTA DE LA ESTRELLA

Enero **1933** **Núm. 1**

Director: **FRANCISCO ROVIRA** Administrador: **JUSTO ESPAÑOL**

Travesía de Trujillos, 3, pral. dcha. - Apartado 867 - Madrid

EDICIÓN PARA ARGENTINA, CHILE, ESPAÑA, PUERTO RICO Y URUGUAY

CONTENIDO:

PRECIO DE LA SUSCRIPCION ANUAL (DOCE NUMEROS)

Para España.	8 pesetas
América y otros países	10 »
Precio de un ejemplar	75 cénts.

REMITIR LOS GIROS A NOMBRE DE D. JUSTO ESPAÑOL

TRAVESIA DE TRUJILLOS, 3, PRAL. DCHA. - MADRID

SE ENVIA A RIESGO DEL SUSCRIPTOR

Aconsejamos a nuestros suscriptores que coleccionen los fascículos de la obra «Anales de Krishnamurti» (tomo 1933) que publicaremos en el curso de este año, para encuadernarlos, si se desea, con la portada e índice que con el número de diciembre les enviaremos. Y advertimos a los que necesiten completar sus colecciones, que podemos servir al precio corriente ejemplares de cada número publicado de esta revista, excepto de los agotados; en el presente lo están enero y febrero de 1930.

REUNION CAMPESTRE EN OJAI, 1932

SESIÓN DE PREGUNTAS Y RESPUESTAS

VI

Pregunta: Cuando pienso en Cristo, siento invadido de profundo amor mi corazón. Cuando estoy en vuestra presencia, me siento mentalmente estimulado. Sé que esto mismo les pasa a otros. ¿Por qué sentimos esta diferencia si, como decís, el pensamiento y el amor son una misma cosa?

KRISHNAMURTI: Porque dividís la Vida en emoción y pensamiento. Si buscáis consuelo, lo hallaréis; si buscáis estímulo, seréis estimulados. La plenitud de la Vida no es ni consuelo ni estímulo, sino perfecta armonía de pensamiento y emoción.

Cuando os hablo, siento intensamente. Pensar y sentir son lo mismo para mí, pues para mí ya no existe diferencia entre lo que llamáis pensamiento y emoción. Para perder esa distinción, debéis, ante todo, daros cuenta de ella en vosotros mismos; debéis saber que pensáis aparte de lo que sentís; es decir, debéis ser plenamente autoconscientes. En esa llama de autoconsciencia hay absoluta soledad, y cuando conocéis esa soledad, que es un éxtasis, entonces el pensamiento y el sentimiento empiezan a perder su diferenciación propia. Aunque reflexionéis, esa reflexión es una lucidez emocional; aunque sintáis, ese sentimiento es una lucidez mental. Entonces el pensamiento es siempre una lucidez.

El hombre, en sí, es la Vida, y no puede hallarla por

medio de otro. Sólo puede realizarla, penetrando las múltiples capas de su propia autoconsciencia. Todo lo que sea imitar y guiarse por otro no es natural. Debéis penetrar en vuestra propia mente y en vuestro propio corazón para realizar el éxtasis de la Vida, y no podéis evitar el hacer ese esfuerzo tarde o temprano. Siempre hay huída cuando no estáis libres del deseo, y nadie puede libraros de él, sino vosotros mismos a través de vuestro deleite, por medio de vuestra propia búsqueda. Cuando ha cesado todo deseo, entonces pensar es sentir, ya no hay diferencia entre la mente y el corazón. Entonces hay una intensa lucidez, una concentración en que se ha perdido todo distingo. Es la concentración de una flor. Esa concentración es infinita; pero lo que llamáis amor y pensamiento engendra resistencia, esclavitud, pereza de la mente y del corazón, y por lo tanto, corrupción.

Pregunta: Tengo entendido que para lograr la realización de la Verdad os ayudó la experiencia de la muerte. Habéis dicho que muerte, amor y nacimiento son esencialmente uno. ¿Cómo podéis mantener que no hay diferencia entre el golpe y el dolor de la muerte, y el gozo del amor? ¿Se podría llegar a la realización de la Verdad por la experiencia del amor solamente? En tal caso, seguramente habría una diferencia en la expresión de esa realización. ¿Es el dolor un camino más seguro que el del amor, para la realización de la Verdad?

KRISHNAMURTI: Sólo hay muerte cuando hay la continuidad de la memoria, y la memoria no es más que el resultado del deseo, de la deficiencia. Para un hombre libre

de deseos, no hay muerte, ni un principio ni un fin, ni un camino de amor ni un camino de dolor. Cuando se busca lo opuesto, creáis resistencia. Si tenéis miedo, buscáis el valor, pero el miedo os persigue todavía, porque no hacéis más que escapar del uno para caer en el otro. Mientras que si os libráis de la causa del miedo, que es el deseo, entonces no tendréis ni miedo ni valor; y os digo que la manera de hacer esto, es haciéndoos lúcidos, y estando vigilantes, no tratando de asirse al valor, sino librándoos de todo móvil en la acción.

Si comprendéis esto, veréis que el tiempo ya no existe como pasado y futuro, y que el dolor de la muerte ha cedido al presente siempre renovador. Cuando muere alguien a quien amáis, sentís una gran soledad, y, presos en ella, deseáis estar seguros de que la vida continúa en el más allá, o buscáis uniros con el todo. No son más que investigaciones de lo opuesto y, por tanto, no salís de la soledad. Mientras que si os enfrentáis con la soledad y descubrís su causa mediante una consciencia vigilante, la mente se libra de las distinciones, en cuyo proceso la soledad queda enteramente destruída. Todas las cosas han de desgastarse; pero la mente que esté libre de distinciones y resistencias, y de su causa, que es el deseo, conocerá la inmortalidad. Esta no es la perpetuación de la individualidad: las muchas capas de pensamiento y sentimiento personales. La inmortalidad es la armonía de la percepción completa.

Pregunta: *Constantemente habláis de la Verdad, de modo que hemos llegado a considerar su realización como el supremo objetivo del hombre. Decís que no po-*

demos percibir la Verdad y, por tanto, no podemos tenerla como nuestro objetivo. ¿Hacia qué, entonces, nos esforzamos? Quiero decir esforzarse en vuestro *sentido, no en el sentido de desear y luchar por obtener.*

KRISHNAMURTI: He hablado a menudo de la Verdad, queriendo significar una renovación interminable, sin principio ni fin. En ello no puede haber un objetivo, una meta, algo que conseguir, que buscar, lo cual no sería más que un móvil y haría incompleta vuestra acción. Una mente finita no puede percibir aquello que es infinito. Por lo tanto, vuestro intento de realizarlo, de asirlo, es inútil, porque tan sólo podéis perseguir una idea, y la idea que podéis concebir no es la Verdad. No tratéis de imaginaros lo que es, pero haceos tan conscientes en el presente, mediante la vigilancia, que la mente se libre de la esclavitud inmediata; pues la acción sin un motivo es percepción verdadera. Podéis percibir en verdad si la mente y el corazón están despojados de todo deseo. El verdadero esfuerzo consiste en estar alerta, vigilante, penetrar en las múltiples capas del deseo.

Deseáis ser atraídos por un objetivo. El tener un objetivo, un motivo, no es más que adquisividad, mientras que la verdadera acción es el despojarse de todo deseo. Os habéis dedicado a adquirir la virtud, habéis pensado que debéis ser buenos, que debéis dar, que debéis repartir, y ¿qué ha pasado? Habéis escalado cima tras cima; habéis progresado mentalmente, y ¿cuál ha sido el resultado de todos vuestros progresos y conquistas? Polvo y confusión, desorientación producida por el deseo, absoluta desesperación.

La acción debe ser un desnudamiento continuo, no una serie de logros, porque equello que conseguís se transforma en vuestra limitación. La mente que es infinitamente flexible, elástica, es indestructible. Mientras que esta sorprendente idea de expansionar la consciencia hasta que lo incluya todo, no es más que la glorificación del egoísmo, el cual nunca puede comprender la Verdad. Esta Vida eterna no es un fin, sino una constante renovación, y sólo la podéis realizar cuando el corazón y la mente están por completo despojados del sentido de «yo mismo» y de su glorificación, que no es más que un sutil disfraz del deseo.

Pregunta: *El otro día dijísteis que todos los maestros a quienes seguimos son en verdad nuestros destructores. ¿Fué el Buda—adorado y amado a través de los siglos—un destructor, o diréis que no fué un maestro? ¿Queréis decir que los secuaces hacen de sus maestros, destructores de sí mismos, o que hay un elemento destructivo en la idea de que alguien dé instrucción a otro? ¿No os consideráis vos, en el verdadero sentido, como un instructor?*

KRISHNAMURTI: Si seguís a otro, hacéis de él un patrón a cuyo modelo ajustáis vuestra vida. Por lo tanto, el instructor a quien seguís lo convertís en vuestro destructor. El verdadero instructor no os guía, no os controla, ni dice: «por mí realizaréis la Verdad». Os demuestra las falsas creaciones de vuestros deseos íntimos, y a vosotros incumbe ver su naturaleza ilusoria y librar de ellos vuestra mente y corazón por vuestro propio esfuerzo. Así que

no puede haber seguimiento para realizar la Verdad. ¿Cómo podéis seguir a otro, si lo que buscáis está dentro de vosotros mismos? Pero para la satisfacción del deseo, erigís a otro, talláis la imagen de una supuesta divinidad, y adoráis esa imagen esperando obtener la sabiduría. De esta manera váis a la zaga de vuestro propio deseo.

¿Por qué erigís a otro para adorarle? Porque esperáis que gracias al otro llegaréis milagrosamente, seréis recompensados, estimulados, guiados. Hacéis uso de una idea para dominar vuestra mente, por tanto, no la libertáis; cuando sólo se puede discernir con una mente perfectamente libre. ¿Cómo podéis comprender el supremo éxtasis de Vida, si vuestra mente está agarrotada por el prejuicio? Y vuestra mente se halla agarrotada por el prejuicio cuando seguís la idea de otro, cuando erigís a otro en autoridad y le adoráis.

No os estoy instando hacia el individualismo vácuo. Os estoy hablando de ser libres, de realizar la Vida inconmensurable, que no tiene principio ni fin, de ese éxtasis de la Verdad que habéis ocultado bajo las múltiples capas de vuestra avaricia. Nadie más que vosotros mismos, puede purificar vuestro corazón o libertar vuestra mente por vuestra propia acción. Si véis el significado de esto, vuestra acción demostrará la capacidad de comprender que existe dentro de vosotros.

Siguiendo a otro, creáis el explotador y el explotado. Yo os hablo de esa mente-corazón que no erige a otro en autoridad. Si os sentís entusiasmados por lo que digo, será porque os incito a la acción, y esperáis—en este despertar—que realizaréis la Verdad. Jamás conoceréis el éxtasis de la Verdad viviente por medio del estímulo; sólo lo

podréis realizar a través de vuestra propia comprensión, por vuestra propia acción, libre de la codicia del móvil. La Verdad nunca se conoce a través de otro, y el hombre que sigue los pensamientos de otro, moldeándose en su imagen, no hace más que destruir, por su propia acción, lo que está buscando. Diréis que no tenéis el valor ni la sabiduría de realizar la Verdad. ¿Cómo puede haber sabiduría si no es por vuestro propio esfuerzo? Para ir lejos, debéis empezar cerca.

Así, en ese verdadero sentido de la palabra, yo soy un instructor. Yo no quiero que copiéis de mí. No quiero que me sigáis, ni siquiera que aceptéis lo que digo. Os enseño por qué proyectáis vuestra propia sombra, pero sois vosotros quienes habéis de destruir esa sombra. Os enseño la causa del dolor, pero queda para vosotros el libraros de esa causa. Os enseño el modo gozoso y natural de la vida, la manera extática de la lucidez, pero sois vosotros quienes habéis de realizar este éxtasis por vuestro propio esfuerzo.

Pregunta: *¿Hay alguna diferencia entre la Vida y las expresiones de la Vida? Y si la hubiese, ¿sería posible lograr la realización de la Vida a través de cualquier simple experiencia, o debe la realización venir por medio de la penetración profunda dentro de la consciencia de sí mismo?*

KRISHNAMURTI: No hay diferencia entre la materia y el espíritu. Os gusta pensar que cuando terminéis con la baraúnda de este mundo, que vosotros mismos habéis creado, entraréis en el mundo del espíritu, en el que no hay

conflictos. De modo que estáis continuamente creando un motivo para vuestra acción, sin que haya nunca un completo vivir en el presente.

Cualquier experiencia en el presente—la experiencia es la reacción del deseo personal: el ansia—os cederá su completa significación, si estáis alertas, vigilantes. Las experiencias son sólo una serie de reacciones y cuando os habéis librado de esas reacciones, ya no hay experiencia, sino una penetración continua. Para penetrar profundamente, con paciencia y diligencia, debéis atravesar las muchas capas de autoconsciencia, que son la causa de las reacciones. Debéis saber por vosotros mismos que estáis atados por las ideas, por las reacciones. Cuando afrontéis vuestra propia limitación, sabréis cómo contender con ella, puesto que ya no trataréis de huir de ella, ya no buscaréis un opuesto. Tenéis que contender con eso que existe en el presente, y tan sólo a través del presente se realiza la eternidad. La eternidad no es del futuro: la individualidad prolongada; sino que es el ahora incesante.

Pregunta: Cuando un individuo realice su unidad, su plenitud, su perfección, ¿se le curará entonces el cuerpo? ¿Puede continuar la imperfección física después que la Vida queda libre de la personalidad?

KRISHNAMURTI: Todas las formas componentes han de desgastarse. Yo estoy hablando de librarse de la diferenciación de «mío» y «vuestro», que crea resistencia y dolor. La Vida no conoce las diferencias de duración y cesación, de principio y fin; estas cosas sólo existen en tanto hay en vosotros un deseo, una ambición. Cuando la mente

está del todo libre de la tendencia de adquirir, entonces hay armonía; no unidad, unión, que implica una dualidad, sino el cesar de toda distinción creada por el deseo.

Pregunta: *He leído muchas veces «El Reino de la Felicidad» y «La Vida Liberada»; como también «El Amigo Inmortal» y «La Búsqueda». Estas obras me inspiran; me enseñan e indican la senda que yo mismo he de recorrer. Ya sé que he de hacer por mí mismo el esfuerzo, pero estos escritos me proporcionan una dulce paz. Vuestros escritos más recientes, que ahora se publican en el «Boletín de la Estrella», parecen más fríos, más abstractos y carentes de la dulzura de los cuatro libros arriba mencionados. ¿Es que estoy equivocado en algo de estas mis observaciones? ¿Es que fracaso en mantenerme a la altura?*

KRISHNAMURTI: Me parece que fracasáis. Os desagrada que no os den consuelo, que se os haga pensar y sentir por vosotros mismos. Os gusta adorar una imagen, leer un libro amable, porque no os pueden contradecir; pero aborrecéis una contradicción viviente. Preferís ser un discípulo y no la Vida misma, que es un cambio inmutable. Si os apegáis a los libros, no os servirán de nada. No podéis conocer la bendición de la Verdad recibiendo estímulo mental o avivamiento de las emociones. Debéis haceros vivos, vigilantes, lúcidos. La mayoría de la gente trata de evitar de continuo el enfrentarse con su propia vaciedad. Tratan de evitar la solución de sus propios problemas mediante una huída, tal como la adoración, el perseguir intelectualmente una idea, o la busca de exitación emo-

tiva. Mientras que sólo podréis realizar la armonía perdurable, penetrando en vuestra propia soledad.

Pregunta : *Con frecuencia os oigo decir cosas que había pensado por mí mismo. ¿Es que os imito o sigo, cuando uso estos pensamientos?*

KRISHNAMURTI : Seguramente no, si son vuestros propios pensamientos. Indagad si vuestro pensamiento es incitado por el deseo; si no lo es, entonces tal pensamiento no es vuestro ni mío.

Junio, 7, 1932.

REUNION CAMPESTRE EN OJAI, 1932

CHARLA, POR KRISHNAMURTI

VII

Como esta va a ser aquí mi última charla, voy a tratar esta mañana de resumir lo que os he expuesto durante la semana.

Cada cual busca constantemente una realización perdurable de la felicidad; a través de un esfuerzo inmenso, cada uno trata de asirse a una visión: la persistencia de algún gran gozo.

Pues bien; existe una realización permanente, un éxtasis que no es estático, que no es una finalidad o una conclusión, sino que existe en él una gran intensidad, una constancia no perturbada, una concentración plena del pensamiento-emoción. La persistencia de esta realización no puede asirse con la mente y retenerla en la memoria; lo que es eterno no puede ser capturado por una mente limitada. El pensamiento debe estar libre de toda transitoriedad, lo que equivale a hacer la mente en extremo inteligente mediante la elección continua, por medio del discernimiento. La mente debe librarse de los motivos, lo cual requiere inteligencia, esto es, la percepción de valor supremo. Si podéis elegir sin un motivo; si podéis pensar sin la idea de conseguir, entonces será vuestra acción suprema y armónica por sí misma. Este éxtasis permanente, que es la tranquilidad activa, burbujeante sin cesar como un manantial, no puede realizarse por un esfuerzo intelectual, ni por el raciocinio. No obstante, la mente trata con constancia de descubrir una conclusión

hacia la cual pueda dirigirse, una finalidad que la seduzca; y por eso existe una continua huída del presente.

La acción presente sin un motivo es la verdadera inteligencia. El pensamiento es afecto, pero habéis tullido la mente de tal manera con las distinciones nacidas del anhelo, que ya no existe esa armonía vívida en la que pensar es amar. El éxtasis de esa armonía es la esencia misma del pensamiento y del amor. En él, pierde la mente su propia prerrogativa como creadora o reflectora de la idea; ya no recibe estímulos externos, ni tampoco le esclavizan las ideas. Así, cesa la mente de darse cuenta de su propia particularidad, y tan sólo queda esa tranquilidad viviente.

La realización de la Vida no es una adquisición, sino una penetración profunda; no es moverse en alguna dirección, sino vivir más concentrada, más extáticamente en el ahora. Os ruego no concibáis esto como una finalidad; si tal hiciérais, lo perderíais instantáneamente. No os sintáis estimulados por mi éxtasis. Quizás durante mis charlas hayáis experimentado un profundo gozo, pero no tratéis de recapturarlo. Cuando os hayáis marchado, no tratéis de imaginaros que estáis sentados bajo los árboles, escuchándome, y así inflamaros en un estado emotivo. Esto sería completamente falso; no habríais comprendido nada si lo hiciérais. Estaríais desintegrando vuestra vida, si tratáseis de vivir hoy con una mente cargada de imágenes del pasado.

Así que, viviendo por completo en el presente es como llegaréis a realizar la bendición de la Verdad. En la concentrada lucidez del pleno vivir, sin motivo, libráis vuestra mente de todas las complicaciones y trabas crea-

das por las apetencias. Habrá complicaciones en tanto tengáis anhelos, deseos, de cualquier clase, aún por la Verdad misma, porque el deseo crea las diferencias y, por tanto, las resistencias, las trabas. Tampoco debéis limitar vuestra mente repitiéndoos de continuo «no debo anhelar». Sería una frase vacía, y quedaríais en el estrecho cautiverio de vuestro deseo de no anhelar.

Las ideas, posesiones y virtudes, se adquieren, y la adquisición, de cualquier clase que sea, crea la limitación del distingo, que esclaviza la mente. Una mente así está siempre creando sus propias trabas, sus propias resistencias. Si queréis adquirir una virtud, vuestra mente lucha por ella y, por tanto, vuestra acción queda impedida; vuestra mente se divide en y contra sí misma, convirtiéndose en su propio destructor. Por la ambición, queriendo asir, surge la resistencia que da origen a la autoconsciencia, y en la prosecución de este asimiento, hay desintegración. Cuanto más adquiráis, más se intensifica la ilusión de progresar, de adelanto. Mientras que la Verdad, que ha de realizarse por la acción libre de todo motivo, es inteligencia suprema; nada tiene en común con la adquisición o la idea de progreso, y cuando hay verdadero discernimiento, esta ilusión de progresar como una serie de adquisiciones se desvanece.

Por el proceso de la adquisición se cultiva la memoria que es, por consiguiente, el producto del deseo; mientras que el vivir con entera concentración en el ahora, libra la mente de la confusión de la memoria. Lo que llamáis meditación es tan sólo el esfuerzo de dominar la mente para que se explaye en una idea, mientras que si la libráis de las complicaciones originadas por el deseo, el anhelo,

habrá lucidez natural. Esto difiere del significado admitido de «concentración», que es el dirigir el pensamiento hacia una idea particular y mantenerlo en ella por mucho tiempo. Este despiadado adiestramiento de la mente, que practican muchas personas, convierte a la mente en la simple esclava de una idea.

La verdadera concentración no es el dominio de la mente en la prosecución de una idea, sino el librar la mente, mediante la acción, de la causa de las diferencias, que es el anhelo, el deseo. Habrá diferencias en tanto haya deseos, y desaparecerán cuando cesen éstos. Entonces habrá la concentración natural, como en una flor, en el viento, en las aguas corrientes. En ella ni existiréis vosotros ni los demás. A menos que la realicéis, no la comprenderéis, pero una vez que os hayáis librado de las complicaciones del deseo, aparecerá naturalmente. Podéis captar una vislumbre pasajera de ese éxtasis de Vida, pero jamás conoceréis su plenitud en tanto mantengáis una sola sombra de deseo. Así pues, librad la mente del pasado, y vivid por entero en la completa lucidez del presente.

Sólo por la adquisividad la mente se convierte en una esclava de una idea y, por consiguiente, en una imitadora. Cuando por el anhelo habéis creado una idea, pensáis quizás que vuestra mente está activa porque prosigue esa idea bajo el imperio del anhelo que os hace avanzar; pero eso es mera sumisión. El deseo, el anhelo, os fuerza a acomodaros a una imagen de la memoria y de ahí que exista un moldearse constante, que siempre haya un motivo para actuar. La espontaneidad en la acción consiste en haberse librado de la memoria, creada por el anhelo. No es acción impulsiva, que no sería más que seguir

aquello que os atrae. La acción espontánea, o verdadero instinto, está por entero libre de la voluntad tanto personal como colectiva.

Vuestra mente está ahora tullida con los recuerdos creados por la prosecución del deseo, en cuya realización hay una resultante vacía : el vano conflicto de la adquisición. De ahí surge la soledad continua, la incesante vuelta del dolor. Este es el estado habitual de la mente. Si os diérais cuenta de vuestros secretos pensamientos, veríais que vuestra mente está de continuo presa en un conflicto de adquisición, sin que jamás posea la tranquilidad de la penetración. Para librarse de la idea de adquirir, debe estar la mente alerta, vigilante, y por medio de esta vigilancia viene el librarse de sus propias distinciones : a través de la llama de la autoconsciencia llegáis a la lucidez total que es la plena percepción. Actualmente se compone la mente de la codicia, tanto individual como colectiva, que llamáis voluntad, y para librarse de este anhelo, debe hacerse consciente de sus propios pensamientos, de sus motivos secretos. Nadie, sino vosotros mismos, puede hacer esto por vosotros, y por eso he repetido una y otra vez que no podéis seguir a otro; nadie puede descubriros las complicaciones que está creando vuestra mente por medio del deseo. Debéis estar atentos, vigilantes, y en esa lucidez conoceréis el cautiverio en que está la mente. Mientras confieis en otro, en tanto que adoréis, continuará vuestra mente ignorando sus propios deseos recónditos, y todavía será esclava tanto de la sensación como de las distinciones.

Ahora bien, si consideráis esto cuidadosamente, veréis que vuestra pesquisa es tan sólo un deseo secreto de

confortaros. Os satisface una idea y prosiguiendo esa satisfacción creéis que comprenderéis la Vida. La mente queda presa en su propio deseo secreto de satisfacción, de paz, y por ende toda vuestra acción no es más que un énfasis del deseo. Os decís: «si por lo menos pudiera comprender qué es la Verdad, me libraría de la soledad y del conflicto». Vuestra pesquisa obedece a un motivo, y por eso la Verdad se os escapará siempre, porque sólo se puede realizar por la acción carente de motivo. Debéis daros cuenta de que buscáis consuelos, lo que requiere sondar hondo los deseos de la mente, y en esta penetración existe el éxtasis de Vida. Mientras la mente no se vea libre de sus propios deseos secretos, la pesquisa es fútil, conducente siempre a la estrechez, a la limitación, a la autoconsciencia y a la mezquindad de los afectos y pensamientos personales, en vez de a la total concentración de Vida.

La mente se deleita secretamente en lo que la conforta. Pero si evitáis la confortación, estaréis creando de nuevo distinciones. La mente que carece de distinciones no está confortada ni desasosegada. Para perder el sentido de distinción, que consiste en librarse de los opuestos, se debe estar intensamente alerta y tener una mente dócil en grado sumo, y a través de esa despierta docilidad, viene la realización de la Vida eterna. El árbol que no se dobla pronto es desgajado por el viento, pero el que cede permanece en pie. De igual modo, una mente docil, que no esté retenida por ninguna sensación, ni por ningún opuesto, comprenderá lo infinito. Por medio de la constante vigilancia, penetrando a través de los opuestos, os hacéis más y más conscientes de vuestros propios pensa-

mientos y emociones, os dais cuenta de las cosas tal como son en sí mismas; y ese darse cuenta de vuestra mente y corazón es el verdadero esfuerzo.

Así, hay un incesante recogimiento que revela los engaños sutiles del deseo, que no es lo mismo que estar alerta para llevar a cabo algo. Os ruego descubráis la diferencia. La mayoría de la gente en el mundo quiere algo, por tanto se concentran para lograrlo, tienen que estar alerta, pero esa vigilancia conduce a un logro vacío. Cuando habéis logrado vuestro deseo, esa adquisición se convierte en polvo, y así tenéis que continuar indefinidamente: un círculo sin fin de esfuerzo y de dolor. De esta manera os hacéis más y más individualistas, personales, estrechos; mientras que el verdadero recogimiento, la vigilancia de la mente, es el librarse de la resistencia inmediata originada por el deseo.

Así pues, la activa vigilancia no consiste en forzar la mente hacia una idea o una condición opuesta, sino librarla de la causa de la distinción, que es el deseo. Donde haya cualquier clase de deseo, por sutil y refinado que sea, no puede haber comprensión. El éxtasis de la Vida es la comprensión eterna del presente; mientras que si por el deseo forzáis la mente hacia un futuro, hacia una finalidad, hacia una confortación, la vigilancia que para ello necesitáis tan sólo os estrecha la mente, y la estrechez última de ésta es la muerte. Pero si la mente se desembaraza con constancia de la distinción, renovándose así continuamente, no habrá muerte. La inmortalidad consiste en liberarse de todo deseo.

Viviendo alerta en el presente, hay un constante abatimiento de la adquisividad, un proceso de pérdida de las

distinciones originadas por el deseo. No os digáis: «debo carecer de distinciones; debo perder mi personalidad, mi ego». De este modo jamás lo perderéis, sólo habréis entendido mal lo que os estoy diciendo; pero si elimináis la causa, que es el deseo, os veréis libres de sus efectos, que son las distinciones, y, por tanto, del dolor.

La acción, a través del asimiento, crea mayores distinciones y de ahí mayores resistencias. Por haber adquirido decís que debéis dar, compartir, en el orden social, económico, mental y emotivo. Primero adquirís, por vuestro intenso anhelo de poseer, y luego queréis dar, repartir. En esto existe la crueldad de una explotación muy sutil: la crueldad de hacer a otro más débil que vosotros. Decís: «yo comprendo o poseo lo que tú no puedes comprender o no posees, por tanto, acéptalo de mí». Esta distinción está lejos de la verdadera consideración, que no es un proceso de adquirir o poseer, sino de librar la mente del deseo. Cuando se consigue esta liberación de la mente, existe entonces la eternidad vívida de la Verdad. Existe la diferenciación, la separatividad y, por tanto, la prosecución de vuestros propios sentimientos e ideas personales, a través de las capas de autoconsciencia que son la multiplicación de la codicia y las necesidades; mientras que si penetráis todas esas capas del deseo, del anhelo, habrá Vida eterna.

Me preguntaréis: ¿qué valor tiene todo esto en la vida práctica? Si comprendéis lo que he tratado de exponeros durante estos días y lo profundizáis, os convertiréis en una lámpara dentro de vosotros mismos. Quisiérais que fuera práctico para todos los demás, mientras vosotros permanecéis presos en las redes del deseo. Sois vosotros

los que debéis haceros extremados, no extremados en una condición opuesta, sino en libraros de aquello que os ata, que es el deseo. El que es un verdadero extremista no acentúa una condición opuesta; eso puede hacerlo cualquiera que se fanatice, se ciegue, el estúpido. Lo que yo llamo verdadero extremismo es el librarse de todas las condiciones opuestas, lo cual requiere una inteligencia consumada. El que es verdaderamente extremado está en absoluto libre del deseo. Así, él es la Vida misma, está sereno, perfectamente concentrado.

Mediante esta vigilancia inteligente, descubriréis por vosotros mismos la acción correcta y por tanto el modo recto de vivir. Yo no puedo deciros cómo habéis de vivir, si debiérais o no vivir en comunidad, trabajar en la ciudad, sembrar vegetales en vuestro propio huerto; pero si comprendéis lo que dejo dicho, llegaréis con naturalidad a la sencillez de la vida, ya sea en una comunidad o en cualquiera otra parte. Por eso he puesto tanto énfasis en la verdadera libertad de la mente, en la verdadera concentración, en el proceso de librar la mente de la adquisividad y, por ende, de las distinciones y resistencias. Si comprendéis esto, vuestra acción será natural, humana, racional, y entonces hallaréis vuestra ocupación, libre de ganancia y competencia inútil.

La sencillez de la vida no es lo opuesto a la tenencia de muchas cosas, objetos; yo no quiero decir esto en absoluto. Cuando vuestra mente se haya librado de las ideas y de la memoria del deseo, hallaréis que vuestra vida se hace extraordinariamente sencilla y vuestras necesidades poquísimas. Existe un concepto de la necesidad distinto por completo. No es el dar ni el compartir, sino la

perfecta sencillez de una flor que está tan supremamente concentrada, que es inconsciente de sí misma.

Mediante esta vigilancia inteligente se pierde la distinción entre el pensamiento y el amor. Estáis acostumbrados a imaginaros que el pensamiento y el amor son cosas separadas, y así habéis creado un sendero intelectual y otro emotivo: acción del intelecto y acción de las emociones. Mientras que, cuando perdéis toda distinción, el pensamiento es amor, y sentir es pensar; todo pensamiento se completa en la lucidez emocional, y toda emoción es sabia, rica de lucidez del pensamiento. Esta es la verdadera armonía de la mente y el corazón. Esta es la verdadera ternura, la ductilidad de la delicadeza, habiendo cesado la brutalidad del seudo altruísmo.

Es la mente la que crea distinciones por su adquisividad, y cuando ésta queda libre de resistencias, hay perfecta armonía. Por esta razón no he hablado de amor; y si habéis pensado que yo soy un mero intelectual, no habéis comprendido lo que os he estado explicando. Os estoy demostrando cómo liberar la mente. Sólo cuando la mente está libre puede fundirse el pensamiento en la intensidad de la lucidez emocional.

A la Verdad no se puede llegar por ningún sendero, ni por el del amor, ni por el del pensamiento. El hombre que hable de senderos y distinciones está en lucha consigo mismo; pero el que es armoniosamente flexible, está completo en la plenitud de Vida. Pensar es amar, y amar es ser inteligente en grado sumo.

Junio, 8, 1932.

Biblioteca de obras de J. Krishnamurti

PROSA

La Vida Liberada

En rústica, 1,50 pesetas; en tela y oro, 2,50 pesetas.

El Sendero

En rústica, 1,00 peseta; en tela y oro, 2,00 pesetas.

El Reino de la Felicidad

En rústica, 2,00 pesetas; en tela y oro, 3,00 pesetas.

*Mensaje de Krishnamurti 1927-30

(Contiene: Vida e ideas de Krishnamurti, Quién trae la Verdad, La Vida como Objetivo, Disolución de la Orden de la Estrella, Ahora y Experiencia y Conducta.)

En rústica, 3,00 pesetas; en tela y oro, 4,00 pesetas.

* Krishnamurti - Anales - 1931

(Recopilación de las conferencias que pronunció en la Reunión Campestre de Ommen, este año. Tomado de la Revista de la Estrella.)

En rústica, 2,50 pesetas; en tela y oro, 3,50 pesetas.

POEMAS

* La Búsqueda

En rústica, 2,50 pesetas; en tela y oro, 3,50 pesetas.

* El Amigo Inmortal

En rústica, 2,50 pesetas; en tela y oro, 3,50 pesetas.

* El Canto de la Vida

En rústica, 2,00 pesetas; en tela y oro, 3,00 pesetas.

Las obras marcadas con * son publicaciones de la Revista de la Estrella, y sobre ellas se concede a sus suscriptores el 20 por 100 de descuento en la encuadernación en rústica; sobre las demás, sólo se les concederá el 10 por 100 en la misma encuadernación

PODEMOS SERVIR:

Anales de Krishnamurti - 1928 - 1929 - 1930

(Colecciones por años del Boletín Internacional de la Estrella)

Anales de Krishnamurti - 1931 - 1932

(Colecciones por años de la Revista de la Estrella)

Encuadernados en tela y oro, 12 pesetas el tomo de cada año

PEDIDOS A LA ADMINISTRACIÓN DE ESTA REVISTA